

Vielma, Joel

**Joel O. Vielma R. es profesor adscrito al Departamento de Pedagogía y Didáctica de la Escuela de Educación de la Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela, su correo electrónico es: joelvielma.15@gmail.com.*

Recibido: septiembre 2018 Revisado: octubre 2018 Aceptado: diciembre 2018.

Resumen

El impacto del lenguaje y la cultura en el quehacer profesional, será el asunto tratado a lo largo de este ensayo crítico-reflexivo. En este sentido, asumo desde el principio un ejercicio de introspección que me permita comunicar a otros mi experiencia personal en torno a estos fenómenos y que me conduzca a la revisión de algunos fundamentos teóricos importantes. Esto, para delimitar un marco que haga posible la comprensión y el encuentro con los futuros lectores.

Palabras clave cultura, impacto cultural, lenguaje, que hacer profesional

La cultura y su impacto en el quehacer profesional: un ejercicio introspectivo.

Abstract

The impact of language and culture in the professional performance will be the subject matter in this essay. I assume from the onset an exercise of introspection to communicate to others my personal experience on these phenomena and that leads me to review some important theoretical foundations. This, to delimit a framework that allows the understanding and the encounter with the future readers.

Key words culture, cultural impact, language, professional work

1. Introducción

Toda acción que se considere humana, pasa por el tamiz de la cultura. Desde la génesis misma de la vida, con la gestación, comienza la preparación de nuestras familias para recibirnos y formarnos de acuerdo con lo que es respetado y aceptado en nuestro entorno. En el devenir del tiempo, somos nosotros quienes aprehendemos y, nos convertimos también, en hacedores de la cultura. A través de este intercambio, se forma el yo adulto y, es desde este estado de consciencia, que podemos llegar a encontrar nuestro lugar en el mundo, nuestro rol como integrantes de la sociedad.

En el presente ensayo, me propongo hacer un ejercicio de introspección para revisar cómo la cultura y el lenguaje impactaron una decisión cardinal en mi vida: la de formarme como profesional de la docencia. Para lograr este propósito, trataré de vincular mi experiencia personal con algunas nociones teóricas acerca de la cultura y el lenguaje.

La elaboración de este texto respondió, en principio, a una consigna de escritura en el marco de un seminario doctoral titulado “Lengua y Cultura” en el que tuve la fortuna de participar. Sin embargo, la intención de divulgarlo, surgida luego, se debe a la necesidad de compartir una experiencia que, tal vez, motive a los posibles lectores a visitar el impacto que ha tenido la cultura en su formación profesional y en sus concepciones en torno a la lengua. Por lo tanto, este texto no pretende erigirse como referente teórico para tratar la conexión entre la lengua y los aspectos culturales, se requeriría, en ese caso, de una revisión conceptual mucho más amplia y exhaustiva.

2. Cultura, cultura escrita y su impronta en mi historia personal

En primera instancia, resulta conveniente exponer la noción de cultura que he construido a partir de mis experiencias de vida, debo decir entonces que para mí, la cultura hace alusión a un todo articulado que combina las formas implícitas y explícitas de ser, hacer, pensar y sentir de grupos humanos que comparten lazos de carácter histórico, geográfico y afectivo. Dichos grupos, están siempre regulados por normas, criterios y modos de interacción mediados por la lengua y de los cuales se apropian para configurarse como sociedades, como centros creadores y recreadores de la cultura. Para Geertz (2003):

(...)la cultura denota un esquema históricamente transmitido de significaciones representadas en símbolos, un sistema de concepciones heredadas y expresadas en formas simbólicas por medios con los cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y sus actitudes frente a la vida (p. 88).

Esta visión, permite apreciar cómo la permanencia de la cultura en el tiempo está fuertemente conectada con la capacidad humana para el aprendizaje, con la habilidad para construir y reconstruir significados e interpretar variados símbolos y fenómenos; todo esto es posible, gracias a la existencia de la lengua. Phillip (2006) expone que la cultura es aprendida, por lo que se transmite de una generación a otra gracias al proceso de enculturación. La infancia, es el período en el que comienza este proceso que se arraiga en la persona y le acompaña en todos los

actos de su vida. Allí, se desarrollan sucesos que tienen un asidero lingüístico y que van delineando la personalidad y la orientan hacia distintos caminos.

En mi caso particular, la cultura impactó, desde muy pequeño, la que sería luego mi vocación profesional. Recuerdo con claridad, que comencé a leer a los seis años y desde ese momento mantuve el hábito, animado por docentes y familiares que aunque no vivificaban sus consejos a través del ejemplo, respetaban mis encuentros con los textos en las amplias bibliotecas de mi escuela y con los libros que había en casa.

Esta afición por la lectura, me llevó muy pronto a aprender a escribir, entendiendo la escritura como expresión, como la expansión y comunicación del pensamiento. En medio de ambas herramientas, desarrollé mi curiosidad y mis ganas de saber; aprendí a amar las palabras y a respetar disciplinas distantes de mi personalidad como Física, Química y Matemática. Durante la educación primaria y el bachillerato, tuve la oportunidad de poner al servicio de los demás mi gusto por aprender y enseñar; recuerdo que orienté, en grupos de estudio, a compañeros, incluso, a familiares coetáneos que tenían bajo rendimiento académico. Precisamente, fue esta coyuntura socioeducativa, repetida en múltiples ocasiones, la fuente de grandes satisfacciones al ver los logros de las personas a quienes trataba de ayudar. Sirvió también, para revelarme una intuición pedagógica que decidí abrazar con fuerza.

Estas primeras experiencias didácticas, se conjugaron con los valores que pude apreciar en la mayoría de mis docentes: conocimiento, respeto a las demás personas, nobleza en su modo de ser, responsabilidad ante cada compromiso, amor por el

prójimo, gentileza y alegría constantes. Bienaimé (2015) manifiesta que lo que el estudiante aprende como práctica docente es imborrable. Agrega, que las acciones del maestro van construyendo el imaginario de aquel en su relación con el sistema educativo.

En mi caso, esa relación me invitaba a pensar, no solo en conceptos, datos y nociones, sino en lo que yo quería ser a futuro. Al respecto, Halliday (1994), expresa que durante la niñez, la lengua ocupa un lugar privilegiado, pues sirve de canal para transmitir modelos de vida, aprender a actuar y ser miembro de una sociedad. Es así, como la lengua sirvió para tejer, en el transitar de los años, mi identidad personal y profesional.

3. Formación de mi identidad profesional

Tal como he venido tratando de mostrar, la construcción de la identidad profesional sucede en el marco cultural en el cual crecemos. No en vano, desde pequeños ideamos lo que queremos ser; conseguimos reflejarnos en el otro o en los otros para lograr una identificación que nos proyecte de cara al futuro. En este proceso, la lengua juega un papel esencial, destacándose las realizaciones lingüísticas que se suscitan en los espacios formales e institucionales como la escuela.

Parte de mis primeras vivencias en cuanto a la lectura y la escritura, surgieron de mi función como estudiante cuando ayudaba a redactar cartas, misivas, notas y textos expositivos a mis docentes de primaria, cuando orientaba a otros compañeros para estructurar sus composiciones, cuando leía para todos y conducía momentos dedicados a la lectura dentro del aula. En muchas de

estas ocasiones, serví de puente entre lo que se debía enseñar y lo que todos debíamos aprender en el seno de la vida escolar.

En otros casos, solo fui un receptor más del discurso y la acción docente; esta postura me permitió acceder a nuevas reflexiones. Como bien señala Bruner (1996), el lenguaje de la educación debe invitar a reflexionar y a crear la cultura, debe expresar actitudes y debe invitar también a la contra actitud. Debo decir entonces, que tuve docentes que me permitieron acceder a nuevos modos de pensar, que me condujeron a razonar sobre los asuntos humanos, y a servirme, tal vez sin saberlo, como espejos de lo que sería mi propia vocación.

En contraparte, también conocí docentes, afortunadamente pocos, que amparados en la tradición escolar y en la cultura dominante, además de estar justificados en su autoridad, no permitían negociar acuerdos, flexibilizar pautas, buscar modos distintos de abordar un mismo tema, contemplar la heterogeneidad en los grupos o democratizar la evaluación encaminándola hacia la mejora. Debido a sus características, estos docentes fungieron como contraejemplos para mi actuación profesional. Sin embargo, todos, por ser, como afirma Phillip (2006) agentes enculturadores, sirvieron para constituir un ideal de mi yo docente, por el cual, trabajo día a día con la clara intención de ser un portador de una cultura académica que busca que los estudiantes de las diferentes menciones de la carrera de Educación de la Universidad de Los Andes, mejoren sus habilidades comunicativas, al tiempo que aprenden sobre el lenguaje.

Respecto a la cultura académica, esta, es concebida por Pérez (2004) como

la selección de contenidos provenientes de la cultura pública para su trabajo en la escuela; son el conjunto de significaciones y actuaciones que se aspira suscitar en nuevas generaciones por medio de la institución escolar. No obstante, el trabajo con unidades conceptuales se despoja de todo sentido si las mismas no se integran en la vida del estudiante, si no se convierten en saberes culturales que se mantienen en el tiempo y que influyen el encuentro con los otros.

En este sentido, siempre les invito a representar para sí mismos la lectura y la escritura como dos herramientas de carácter epistémico, capaces de transformar el pensamiento y que lo disponen para continuar aprendiendo a lo largo de la vida. Aunque no solo las prácticas formales de lectura y escritura son potenciadoras de la cultura, ni son las únicas actividades que enriquecen los marcos de encuentro social y cultural, permiten que el ser humano se posicione frente a los demás y descubra las múltiples conexiones lingüísticas que comparte con su entorno y que lo hacen pensar, sentir y actuar de determinadas maneras. A mi parecer, cuando los estudiantes leen y escriben textos literarios y académicos, cuando comentan sus impresiones sobre una lectura, cuando relatan sus experiencias personales en este campo o avanzan en la composición escrita, a partir del acompañamiento y las orientaciones que les trato de aportar, asumen junto conmigo una función activa en el proceso educativo. Nos convertimos, siguiendo a Bruner (1996), en participantes activos en el foro de la cultura.

En este foro para la acción humana, el lenguaje juega un rol principalísimo como una herramienta cultural que hace posible compartir la forma en la que concebimos

el mundo y pensar también en cómo el mundo nos concibe a nosotros. Desde esta relación, las situaciones de aprendizaje que planteo en torno a la lengua materna, no solo se constituyen como oportunidades para acceder a los cuerpos teóricos que sustentan la disciplina, sino como una posibilidad para que los estudiantes lleguen a descubrir su propia identidad personal y profesional con todas las implicaciones que esta revelación pueda tener. En cuanto a este último aspecto, Halliday (1994) señala que "...la lengua es el medio por el que un ser humano se hace personalidad, como consecuencia de ser miembro de una sociedad y de desempeñar papeles sociales" (p. 26). Considero entonces, que a partir de la relación docente-estudiante, connatural a los procesos de enseñanza y aprendizaje, todos enriquecemos un marco cultural en el que no solo se favorecen competencias académicas, ya que como plantea Casas (2017):

Para un estudiante es indispensable desarrollar un enfoque holístico de los estudios de lenguaje: tener la capacidad de analizar las construcciones y normas sociales y demostrar que es un usuario competente de la lengua, debido a su destreza no sólo para la identificación de los conceptos lingüísticos sino también de los aspectos socioculturales (p. 38).

De este modo, el aprendizaje de la cultura construido en las interacciones con mis estudiantes, seguramente se transmitirá, al menos en algunos de ellos, en sus formas de pensar, sentir, ser y hacer como futuros profesionales de la docencia. La consciencia de esta realidad, me ha llevado

a seguir formándome, a tratar de aprender, a repensar mis debilidades y a potenciar aquellas que identifico como mis fortalezas. Intento desarrollar una labor de calidad, que sin renunciar a la exigencia, se base en principios humanos fundamentales como la empatía, la calidez, el respeto y la solidaridad. Todos estos valores me acompañan como un aprendizaje heredado de quienes han sido mis docentes y me permito resignificarlos atribuyéndoles una función vital en el encuentro pedagógico.

Para Geertz (2003) la cultura proporciona el vínculo entre lo que los hombres son interiormente capaces de llegar a ser y lo que ciertamente llegan a ser de manera individual. Llegar a ser humano es llegar a ser un individuo y somos individuos conducidos por esquemas culturales, por sistemas de significación históricamente fundados en función de los cuales formamos, arreglamos, sustentamos y guiamos nuestras vidas. Es así, como los altos valores atribuidos a la docencia en mi contexto social y familiar, y luego experimentados por mí a través del proceso formal de escolarización, me condujeron a enriquecer una naciente sensibilidad pedagógica y a decidirme por esta carrera como mi sustento vital.

4. Mi labor profesional como creación y recreación de la cultura

Como he intentado comunicar hasta ahora, desde mi experiencia personal, la cultura tiene un carácter envolvente, pero puede ser recreada. Es decir, el aprendizaje cultural no es estático, de hecho, cada uno de nosotros hace aportes a su cultura en la medida que interactúa con los otros y se moviliza con la intención de lograr sus

metas. Si bien, me apoyo como docente en mis experiencias de estudiante, desarrollo una labor propia, matizada por mi forma de conducir el aula, por el modo de producir y vehicular el discurso académico, por mi estilo de enseñanza, por mis concepciones sobre el aprendizaje y la evaluación, entre otros elementos que hacen parte inherente de mi individualidad profesional (Vielma, 2016a).

Considero, que es muy importante la interacción entre los estudiantes y el docente, es imprescindible darle espacio al contraste de opiniones, a la integración de las ideas y al planteo de situaciones colaborativas que permitan a los estudiantes compartir y enriquecer su cultura, exponer sus opiniones y construir sus aprendizajes (Vielma, 2016b). Mis experiencias de investigación, destinadas mayormente a promover la lectura y la escritura, me han permitido comprender que las relaciones entre el docente y los estudiantes, y entre ellos como grupo, pueden basarse en la complementariedad, en la visión del aula como un lugar de encuentro que posibilita la mediación entre el sujeto cognoscente y el objeto de conocimiento, a partir del lenguaje como el principal instrumento cultural. En relación con este último aspecto, es preciso citar a Vygotski (1979) y su concepto de la zona de desarrollo próximo ZDP, referido a la distancia que existe entre el nivel de desarrollo real, desde el cual se resuelve un problema autónomamente y el nivel de desarrollo potencial, condicionado por la resolución de un problema con la guía de un adulto o en colaboración con un compañero más competente.

Aunque muchos de los componentes de la profesión que asumo como propios,

fueron construidos a través de vivencias colectivas, han sido reinterpretados en mi quehacer profesional e incorporados a mi acervo académico y personal. La oportunidad de reflexionar por escrito acerca de dichos componentes, me ha permitido hacer consciencia de cómo el impacto de la cultura nunca se detiene, y es así como en los momentos actuales me conduce a desarrollar nuevas inquietudes con respecto al lenguaje. Me preocupo ahora por la alfabetización académica, por la lectura y la escritura desde las disciplinas que se enseñan y se aprenden en la universidad. El interés por estos temas, me permite asumir una identidad profesional que sigue perfilándose y me brinda nuevos espacios para la formación como docente investigador.

Sin duda alguna, la comunidad académica a la que pertenezco, me exige convertirme en un miembro activo, en un portador de su cultura. Mi rol como docente universitario, me exige legal e institucionalmente la acción de investigar, de indagar en problemas socioeducativos, establecer marcos innovadores para la acción pedagógica y continuar formándome, pues solo de este modo, podré enriquecer mis saberes para incorporarlos sustantivamente en mi labor profesional. Por ello, enfoco mis intereses en continuar aprendiendo, explorando posibilidades, situaciones y propuestas que me permitan mejorar mis competencias profesionales para compartirlas con la comunidad. Bruner (1996) llama a estas acciones como la búsqueda de sentido, la intervención en el conocimiento por medio de la reflexión, para controlarlo y seleccionarlo de acuerdo con las necesidades particulares. Apunta, a que

si la persona desarrolla un sentido del *self* y si puede compartir sus profundizaciones se convierte en un miembro de la comunidad que ha creado la cultura.

5. Conclusiones

Como traté de explicar a lo largo del texto, para ser miembros activos de la cultura es imprescindible que reconozcamos la capacidad que tiene la cultura para ser aprendida por nosotros los seres humanos, de modo consciente o inconsciente. Aunque es probable que no siempre advirtamos el aprendizaje de los elementos culturales en nuestras experiencias cotidianas, este, se encuentra en permanente desarrollo. En este transitar, nuestros pensamientos van transformándose y haciéndose cada vez más complejos. Todo esto ocurre por medio del lenguaje, como una herramienta esencial para la construcción individual y colectiva del sentido que le otorgamos a las cosas que percibimos y experimentamos. Al respecto, Kalman (2008) expresa que las prácticas de lectura y escritura ocurren siempre en contextos sociales que influyen el modo en el que leemos, escribimos y formamos parte de dichas prácticas.

Además de ello, resulta fundamental que todos comprendamos cómo a partir de las experiencias culturales consolidamos nuestra propia identidad. Precisamente, es en la identidad donde se reúnen los ideales, la conducta personal y el papel social de cada persona, Ríos (1999). Por lo tanto, la búsqueda de una profesión es la búsqueda de un rol identitario, de una función cultural que pueda mantenernos conectados con el mundo y nos reafirme en la relación con los demás.

Para finalizar, me permito convocar de nuevo a Bruner (1996), cuando expresa que

“El lenguaje de la educación es el lenguaje de la creación de la cultura...” (p. 137). De allí, que no es posible enculturarnos si no aprendemos las normas, creencias, valores y actos que hacen posible la educación como un proceso que sucede en una cultura determinada y que conduce a la elección de roles sociales. Si bien es cierto que los padres y otros familiares son agentes enculturadores por excelencia, es en la escuela, junto a los docentes donde comenzamos a proyectar, tal vez, de manera inconsciente, un futuro, una necesidad de ser, de erigirnos como personas y construir una identidad que se traduce luego en un arte o en una profesión específica.

Referencias

- Bruner, J. (1996). *Realidad mental y mundos posibles*. Barcelona, España: Editorial Gedisa, S.A.
- Bienaimé, C. (2015). El docente como agente cultural y las prácticas consolidadas. Ponencia presentada en las *VIII Jornadas Nacionales y 1º Congreso Internacional sobre la Formación del Profesorado*, Mar del Plata, Argentina.
- Casas, L. (2017). *El enfoque cultural de la literatura en lengua extranjera a partir de un estudio de caso* (tesis de maestría). Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela.
- Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona, España: Editorial Gedisa, S.A.

- Halliday, M. (1994). *El lenguaje como semiótica social*. D.F, México: Fondo de Cultura Económica.
- Kalman, J. (2008). Discusiones conceptuales en el campo de la cultura escrita. *Revista Iberoamericana de Educación*, (46), 107-134.
- Pérez, A. (2004). *La cultura escolar en la sociedad neoliberal*. Madrid, España: Ediciones Morata, S.L.
- Phillip, C. (2006). *Antropología Cultural*. Madrid, España: Mc Graw Hill.
- Ríos, P. (1999). *La aventura de aprender*. Caracas, Venezuela: Cognitus, C.A.
- Vygotski, L. (1979). *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Barcelona, España: Crítica.
- Vielma, J. (2016a). El cuento: una posibilidad para la mediación de la lectura en el aula. *Legenda*, 20(23), 207-222. Recuperado de <http://erevistas.saber.ula.ve/index.php/legenda/article/view/9099/9060>
- Vielma, J. (2016b). *La escritura de cuentos: una experiencia de aprendizaje colaborativo en el aula* (tesis de maestría). Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela.

El Prof. Joel Oswaldo Vielma Rondón es Lcdo. En Educación y Magister Scientiae en Educación Mención Lectura y Escritura. Actualmente es estudiante del Doctorado en Educación (ULA) y profesor de la Escuela de Educación, Universidad de Los Andes, Mérida-Venezuela, en las áreas del desarrollo del lenguaje oral y escrito.